

« El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan », escribió Cervantes, poco antes de morir, a un noble que le había protegido, « pero si está decretado que haya de perder la vida, cúmplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa vuestra Excelencia que tuvo en mí un tan aficionado criado de servirle, que quiso pasar aún más allá de la muerte ».



Cervantes imaginando su «Don Quijote».

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

POCOS libros hay en el mundo que no morirán jamás, y uno de ellos es «El Quijote». Relata esta obra la historia del Caballero de la Triste Figura, a quien la lectura de los libros de caballería había hecho perder el juicio; pero no los libros hermosos que relatan las épicas hazañas de los caballeros reales, sino una interminable serie de verdaderos esperpentos ideados por necios escritores de la Edad Media. La lectura de estas fantásticas historias inflamó el corazón y trastornó el cerebro; y por eso, mucho tiempo después de yacer sepultada la caballería andante con sus novelescas aventuras de amor y bazarria, Don Quijote se provió de una vieja armadura y salió, jinete en un huesudo rocín y acompañado de un infeliz campesino a modo de escudero, a buscar aventuras caballerescas en un mundo que había olvidado ya lo que eran tales caballeros. La narración de sus andanzas, de su acometida a los molinos de viento, que tomó

por descomunales gigantes, de los vapuleos administrados a pacíficos ciudadanos, a quienes solía confundir con felones y malsines, y de los recibidos de ellos, constituye uno de los libros más chistosos que jamás se hayan escrito.

Pues bien, esta obra tan regocijada la escribió un hombre, cuya vida fué una serie no interrumpida de miserias y contratiempos. Floreció en la misma época que Shakespeare, cuando se hallaba entablada aquella lucha espantosa entre Europa y el Turco que, al fin, se decidió a favor de los Estados cristianos. También se contó Cervantes entre las tropas enviadas en la Armada Invencible, equipada contra Inglaterra.

Llamóse este celeberrimo escritor Miguel de Cervantes Saavedra, pero el mundo entero suele designarle por el primer apellido, a secas, de Cervantes, que de modo tan admirable y único supo immortalizar. Nació en Alcalá de Henares, ciudad próxima a Madrid, el día 9 de Octubre de 1547, y falleció el 23 de

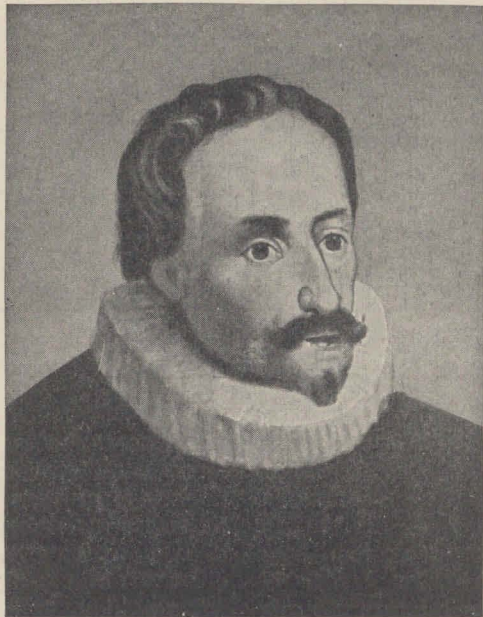
Abril de 1616. Es curioso notar que Cervantes murió diez días antes que Guillermo Shakespeare, el famosísimo dramaturgo inglés, quien fué también uno de los más grandes genios literarios que ha producido el linaje humano.

Fué aquella época verdaderamente notable por el gran número de hombres geniales que en ella vivieron, siendo dignos de mención especial, además de los dos ya citados, Milton, Velázquez, Rubens, Képler y otros gigantes de la historia. Tal vez la Naturaleza no se mostró jamás tan generosa al repartir con pródiga mano sus dones sobre los hombres en un período determinado de la historia de la humanidad.

Lo porvenir no parecía ofrecer a Cervantes muy bellas perspectivas de grandeza. Aunque nacido de una familia tan antigua como honrada, sus padres eran pobres y habitaban una pequeña casa de labor, donde pasaron Cervantes y su hermano los días de su primera juventud. Está fuera de duda que Cervantes fué enviado a una Universidad, acogiéndose probablemente a alguna disposición que hiciera posible la asistencia a los establecimientos docentes a los hijos de los pobres. También se sabe que ya desde muchacho mostró marcada afición a instruirse, pues él mismo confiesa que solía leer hasta los trozos de papeles impresos que encontraba tirados en la calle. Pero hasta los veinte años no comienza a dar muestras de su extraordinario ingenio, con unas composiciones poéticas dedicadas a la muerte de Isabel de Valois, mujer del monarca español.

Éralo a la sazón Felipe II, que había sucedido al poderoso emperador Carlos V. La muerte de un hijo díscolo del rey, que ocasionó a su padre gravísimos disgustos, puso en contacto a Cervantes con algunos magnates de su época; porque, con motivo del fallecimiento del desequilibrado príncipe, el Papa envió a España un embajador especial, el cardenal Julio Aquaviva, para dar a Felipe el pésame, y como hubo ciertas razones para que aquella misión fuera

recibida con no disimulada frialdad, procuró el embajador consolarse de la regia desatención con el trato de los hombres de ingenio que había entonces en Madrid, entre los cuales se contaba Cervantes; quien se había dado ya a conocer como poeta y distinguido escritor; y tanto hubo de agradar su trato al embajador, que le llevó consigo al volverse a Roma. Así suelen relatar generalmente sus biógrafos este pasaje de su vida, mas no falta quien sostiene que



Retrato de Cervantes, en su juventud.

fué en Roma donde el cardenal y Cervantes hicieron conocimiento. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que, en 1568, cuando sólo contaba veintiún años de edad, formaba parte Cervantes de la servidumbre del cardenal. Dos años más tarde hubo de abandonar a Roma para ocupar su puesto en el gran escenario del mundo, y ayudar a escribir uno de los más gloriosos capítulos de la historia.

En 1570 alióse España con Venecia y con el Papa para combatir a los turcos. La idea de la guerra contra tan cruel enemigo hizo latir de alborozo el bravo corazón de Cervantes quien se alistó

Miguel de Cervantes Saavedra

en el ejército que al efecto se organizaba. Las escuadras aliadas y la turca se acometieron el 7 de Octubre de 1571, frente a la pequeña ciudad de Lepanto, situada en la costa norte del golfo de Corinto, y cuyo nombre se ha hecho famoso en la historia por haberse reñido en sus aguas, dicho día, una de las más importantes batallas navales del mundo, en la cual intervino Cervantes.

Los buques que tomaron parte en ella eran muy diferentes de los actuales: denominábanse galeras, y poseían escasas dimensiones. En las galeras turcas remaban esclavos cristianos, seres desventurados, capturados por los turcos en tierra o en el mar, y condenados a arrastrar pesadas cadenas por no disponer de la suma que como precio de su rescate les exigían. Imposible les era escapar, pues vivían constantemente en-

cadenados a sus remos. Cada galera tenía, por término medio, treinta bancos a cada banda; y cada banco solía estar ocupado por cinco esclavos, cuya única misión y objeto exclusivo de su vida, era mover el remo, a cada uno de los cuales correspondían cinco hombres. Una especie de puente corría entre las dos series de asientos, y por él se paseaban de continuo los cómitres o capataces, armados de terribles látigos, con los que azotaban sin piedad los desnudos cuerpos de los desventurados esclavos, para hacerles remar con mayor fuerza.

Nada menos que 12.000 cautivos cristianos remaban en las galeras turcas que pelearon en la batalla de Lepanto, siendo fácil comprender cuán grande debía ser la angustia que sus corazones experimentaron al verse irremisiblemente obligados a conducir al combate las naves que iban a luchar contra los que venían a salvarlos. Si sus amos triunfaban, se prolongaría su esclavitud

por tiempo indefinido; pero, si se negaban a hacer titánicos esfuerzos que favoreciesen a aquéllos, los implacables látigos de sus crueles cómitres les habían de destrozar las carnes.

El día de la batalla amaneció nuestro héroe con fiebre, y le dijeron que no podría combatir; pero juzgando indigno permanecer inactivo mientras los otros luchaban, exclamó: «En cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido hasta hoy a Su Ma-

jestad, he servido como buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas».

Conociendo su valor y su celo, le dejaron hacer su voluntad; y como recompensa a su levantado espíritu, a pesar de no ser más que soldado raso, fué colocado, en unión de otros doce, en uno de los puestos de mayor peligro, en el costado de la galera que probablemente iba a ser atacado por el enemigo. En efecto, la lucha fué allí terrible, y Cervantes combatió como un león, realizando verdaderas proezas, alentado sin duda por



Casa donde vivió Cervantes en Valladolid.

Hombres y mujeres célebres

la idea de que, con cada golpe que descargaba sobre los aborrecidos turcos, libraba de sus ignominiosas cadenas a uno de aquellos infelices esclavos cristianos que veía en las galeras enemigas. Fué gravemente herido, mas siguió peleando con heroicidad, a pesar de que una bala le había destrozado

brazo mutilado: « Perdi el uso y movimiento del izquierdo, para mayor gloria del derecho ».

Mas sus esfuerzos no resultaron estériles. El poder naval de los turcos fué aquel día aniquilado. Se hundieron ochenta de sus naves, cerca de cien fueron abandonadas o destruidas, y



Cervantes escribiendo su libro inmortal, acompañado, imaginativamente, de don Quijote y su fiel escudero Sancho Panza.

la mano y brazo izquierdos, y otras dos le habían herido en el pecho. He aquí sus propias palabras: « Blandía con una mano la espada, y de la otra manaba a borbotones la sangre. Mi pecho se hallaba desgarrado por una profunda herida y tenía la mano izquierda destrozada; pero era tan inmensa la soberana alegría que inundaba mi alma, que ni siquiera sentía mis heridas ». Y con gran donaire añade, aludiendo a su

otro centenar de ellas cayó en manos de los vencedores. Y, lo mejor de todo, después de la batalla quedaron libres los 12.000 esclavos cristianos que, remando en calidad de forzados, habían conducido las naves turcas a tan tremenda derrota.

Entonces hubiera podido España dar cima a una obra tan bien comenzada; pero no lo hizo así. Rompió su alianza con el Papa, y guiado Felipe por su

Miguel de Cervantes Saavedra

ardiente deseo de no consentir que arraigara el protestantismo en sus dominios, dejó que se malograra el fruto de la victoria de Lepanto. Terminada la lucha, el infeliz Cervantes, mutilado para toda la vida, se vió en la

Dióle también el duque de Sesa otra carta semejante, y, provisto de estos escritos, emprendió nuestro héroe el camino de regreso hacia España, llevando consigo a su hermano Rodrigo, que le había acompañado en las batallas,



Cervantes redactando su testamento en sus últimos instantes.

necesidad de regresar a su patria. Sus brillantes servicios no fueron olvidados, y don Juan de Austria, que había mandado la escuadra aliada, le hizo entrega de una muy laudatoria carta de recomendación para el rey de España, proponiéndole que concediera el grado de capitán a un tan glorioso soldado.

pero de quien hasta ahora apenas se hace mención.

La pequeña galera en que Cervantes volvía a su país fué apresada por unos piratas argelinos; y de esta suerte, los que tan denodadamente habían luchado por libertar a los esclavos que gemían en las galeras turcas, fueron a su vez

esclavizados. Por desgracia para él, dieron sus captores con las cartas que Cervantes llevaba para el rey de España, y deduciendo de ellas que era hombre de calidad, le trataron con extraordinario rigor, esperando obligarle a pagar por su rescate una suma importante.

Sin embargo, con su ingenio y magnanimidad logró captarse el respeto y la estimación de sus amos, quienes llegaron a permitirle pasear libremente por las calles de Argel. Entonces se convirtió en el espíritu alentador de la colonia cautiva: nada lograba aminorar su valor y osadía. Con sus escasos recursos pecuniarios daba de comer a los hambrientos; con su incomparable bravura protegía a los débiles y reanimaba a los vacilantes, sosteniéndoles en la fe y manteniendo viva en ellos la esperanza de libertad. Mas no era un prisionero pacífico; por el contrario, siempre estaba discurriendo la manera de evadirse. A principio de su cautiverio trató de escaparse en compañía de otros varios cautivos. Fracasó la tentativa, y Cervantes regresó con todos ellos, declarando intrépida y noblemente a sus carceleros que él era el solo culpable. Fué entonces sometido a un régimen más severo, pero permaneció impertérrito. No había nada que le arredrase.

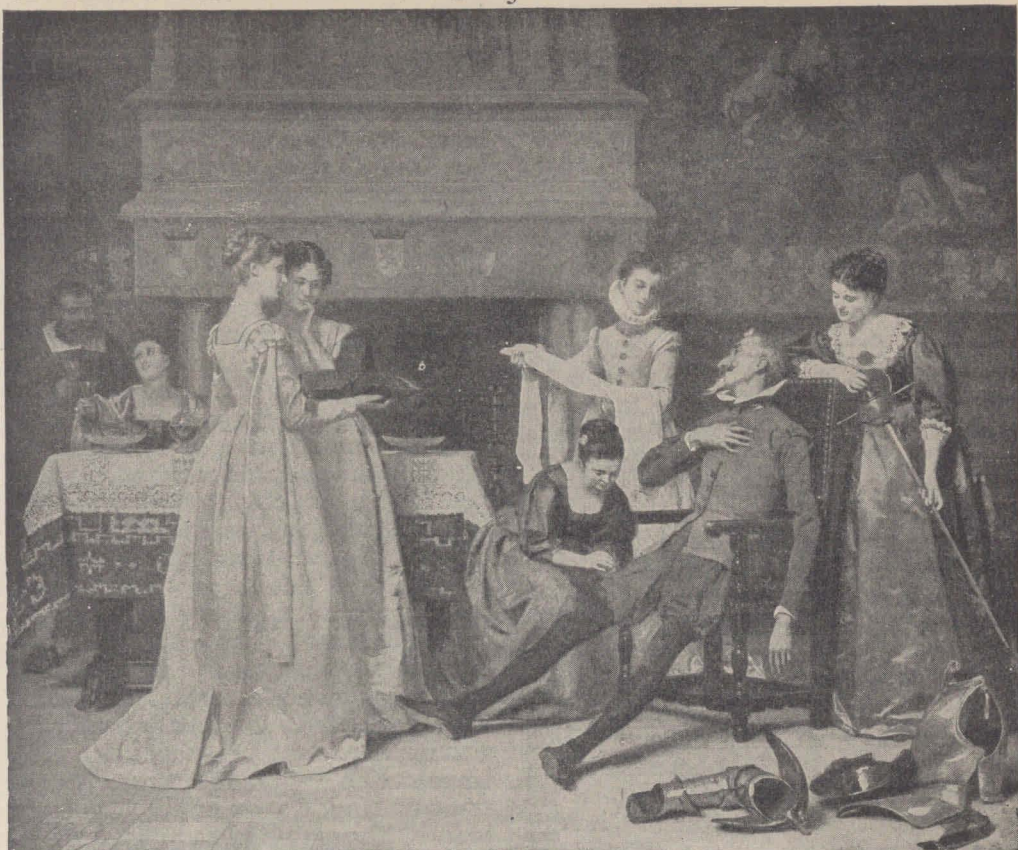
Entre tanto, otro cautivo de su mismo buque había sido rescatado y enviado libre a España; y por él tuvieron noticia los parientes de Cervantes del cautiverio de éste y de su hermano. Reunieron los escasos fondos que poseían y los enviaron a Argel como rescate; pero el moro en cuyo poder se encontraba Cervantes se mofó de tan ridícula suma, pues tenía muy elevado concepto del valor de su cautivo. Veía que era un hombre superior, y solía decir que «teniendo a buen recaudo a aquel manco español, estaba tranquilo, pues le constaba que no corrían peligro sus cristianos, su ciudad ni sus buques».

En vano fué que los padres vendiesen las pequeñas fincas que poseían y llegasen hasta a solicitar socorro de sus amigos; en vano que sus hermanas

solteras hiciesen donación de sus dotes: la cantidad total reunida de esta suerte era muy inferior a la que exigían los moros por el rescate de los dos hermanos. Pero Cervantes, con una generosidad que en él no sorprende, ofreció aquella suma por la libertad de su hermano, y Rodrigo abandonó el cautiverio.

Aunque esto parecía equivalente a encadenarse a sí mismo por el resto de sus días, Cervantes no se dió reposo. Había dicho a su hermano que le enviase un buque para conducir a los cautivos a España. Dos hombres distinguidos que había entre los prisioneros dieron a Rodrigo cartas de recomendación para personas adineradas y, por fin, consiguió fletar un buque y enviarlo a Argel. Nuestro héroe concibió un extraordinario plan para llegar hasta él. A la orilla del mar se alzaba la casa del alcaide Azán, a quien solía llevar Cervantes mensajes de su amo. Tenía Azán como jardinero a un esclavo cristiano, y Cervantes persuadió a éste que practicase una cueva en el jardín con una salida subterránea hasta la playa. Cuando estuvo terminada la cueva ocultóse Cervantes en ella en compañía de otros cincuenta cristianos. Su desaparición produjo, como podrá suponerse, gran alarma; pero la cueva no fué descubierta, y en ella permanecieron todos encerrados por espacio de cinco o seis meses, a pesar de haberles buscado en todo Argel. El jardinero les llevaba la comida, y los otros cautivos, la mayoría de los cuales eran nobles españoles, confiaban en el autor de la estragemá, como un niño confía en su padre.

Por fin pareció llegada la hora de la libertad. La embarcación que había de repatriarlos llegó a las costas argelinas, y bogando suavemente, sin hacer el menor ruido, aproximóse con cautela al lugar de la playa donde desembocaba la caverna. Pero, en el momento culminante, descubrió su presencia un centinela, que dió la voz de alarma. El capitán de la nave no quiso esperar a que los cautivos se abriesen camino



DON QUIJOTE ES AGASAJADO EN LA CASA DE LOS DUQUES



LA FAMOSA COMIDA DE SANCHE PANZA, EN LA ÍNSULA BARATARIA

hasta ella combatiendo, sino que buscó su salvación en la fuga. Viró al momento y alejóse veloz, a toda fuerza de remo, como una visión en medio de una pesadilla, lo mismo que había venido.

Fué terrible el fin de aquella atrevida aventura. Los cautivos se vieron entonces en una situación desesperada. No tardaron en ver luces y oír pasos: la caverna fué invadida por una fuerza armada. Cervantes ordenó a sus compañeros que guardasen silencio, añadiendo que él tomaba sobre sí la responsabilidad de su acción y que les salvaría la vida. Y cuando sus enemigos llegaron hasta ellos, adelantóse sin miedo y les dijo con altanería: «Ninguno de estos cristianos es culpable de lo ocurrido. Yo soy el autor de todo y yo fui quien los trajo aquí». Cuando le condujeron a presencia de su amo, no obstante la amenaza de muerte y de tormento que pesaba sobre su cabeza, refirió la misma historia y desafió con audacia al tirano, que, según él mismo nos dice, «cada día ahorcaba a un esclavo, empalaba a otro, cortaba las orejas a otro más, y esto con tan fútil pretexto o tan sin causa ninguna, que los turcos confesaban que lo hacía sólo por el gusto de hacerlo, y porque así se lo dictaba su instinto».

Nada era capaz de arredrar al valeroso Cervantes, quien, a pesar de haberse visto dos veces con el dogal al cuello y de haber sido amenazado con la aplicación del tormento en diversas ocasiones, nunca recibió ningún daño. Su dueño limitóse a reforzar sus cadenas, pensando que por semejante hombre podría obtenerse sin duda una verdadera fortuna en calidad de rescate; esta codicia salvó al prisionero. Cervantes escribió al rey de España haciéndole saber cómo de un solo golpe podía apoderarse de Argel, que estaba muy deficientemente preparado para la defensa, y salvar la vida de 25.000 hombres, mujeres y niños, que allí gemían cautivos; empero, otras empresas, a las cuales Felipe atribuía mucha mayor importancia, le impidieron seguir sus consejos.

NÚMEROSOS OBSTÁCULOS CON QUE TROPEZÓ CERVANTES PARA RECUPERAR SU LIBERTAD

Entonces escribió Cervantes al gobernador de Orán, a la sazón colonia española, diciendo que, si acudía sobre Argel con sus fuerzas, él se encargaría de levantar otras dentro de la ciudad, cuya toma, de esta suerte, sería cierta. Otra vez su mala fortuna se le interpuso en el camino, porque el mensajero portador de esta carta fué apresado y el escrito leído por el amo de nuestro héroe. No es extraño, pues, que aquél pensase que su cautivo era el único hombre temible; pero la esperanza de un espléndido rescate salvóle de nuevo la vida. En otra ocasión fué descubierta la complicidad de Cervantes en un nuevo complot general de evasión, que debía efectuarse en un buque, y en castigo fué cargado de cadenas y encerrado en un calabozo, en el cual permaneció por espacio de cinco meses. Por fin, tras un largo y accidentado cautiverio, llegó el día de la libertad ansiada. Su amante y anciano padre, ya del todo empobrecido, apeló al primer magistrado de Madrid y refirió en plena corte toda la historia de la cautividad de su hijo. Conmovid la corte, se logró reunir una suma de 300 ducados de oro para rescatar a Cervantes; pero no era suficiente, pues el pirata exigía por su libertad nada menos que 500 ducados. Ocurrió, sin embargo, que el moro a quien pertenecía el ilustre prisionero se disponía a marchar a Constantinopla, y cuando el mensajero llegó con el dinero para rescatarlo, hallábase Cervantes a bordo de la galera que había de conducirlo, en unión de su amo, a la capital del aborrecido Turco.

DE CÓMO CERVANTES RECUPERÓ SU LIBERTAD FINALMENTE Y PUDO REGRESAR A SU PATRIA, DONDE INMORTALIZÓ SU NOMBRE

Cuando vió el mensajero que el dinero que llevaba era poco, sintióse tan conmovido al contemplar el noble continente del cautivo y escuchar el relato de los sacrificios que sus padres y hermanas habían hecho por él, que se dirigió a los mercaderes establecidos en el puerto,

Miguel de Cervantes Saavedra

y pidiéndolo a unos de limosna, a otros a título de préstamo, logró completar los 500 ducados de oro exigidos, entregados los cuales, recuperó Cervantes su perdida libertad, después de haber permanecido en la esclavitud durante cinco años y medio. Regresó inmediatamente a España, y fué tal su satisfacción y alegría al pisar su país natal, que al poner el pie en la orilla se arrojó de bruces al suelo y besó con cariño la tierra.

Creyó que su fortuna estaba hecha; que se recordarian su heroísmo y sufrimientos, y que sería debidamente recompensado. Abrigaba sobre todo la esperanza de que el rey Felipe II, al escuchar su relato, volaría presuroso a derruir aquel infame nido de piratas y a devolver la libertad a los 25.000 infelices cautivos que en sus mazmorras gemían. Pero el éxito no coronó las gestiones de Cervantes, y no hubo expedición a Argel. Cervantes se vió libre, pero condenado a vivir en la pobreza. Escribió libros y comedias sin éxito; se casó con una mujer, cuya dote era insignificante; obtuvo del gobierno un cargo sin importancia y mal retribuido, que consistía en recaudar impuestos y recoger provisiones para los buques de la Armada Invencible, que a la sazón preparaba Felipe contra Inglaterra. Había estado casado este rey con Maria Tudor, reina de Inglaterra, y como, a la muerte de ésta, en su propósito de evitar el triunfo del Protestantismo en aquella nación, pretendiese Felipe casarse con Isabel y fuese desairado por ella, quiso sacar adelante su proyecto por la fuerza de las armas. La célebre Armada fué deshecha y dispersada por las tempestades, fieles aliadas de los ingleses, y Cer-

vantes continuó desempeñando el humilde cargo de recaudador de contribuciones; pero tanto le disgustaba el oficio, que trató de obtener un empleo en las colonias españolas de América.

Afortunadamente, sus instancias no fueron atendidas y no obtuvo el destino que tal vez le hubiera privado de cumplir la alta misión que le estaba reservada en el mundo. En los días de su pobreza vióse Cervantes encarcelado por deudas, y dentro de su prisión escribió la primera parte de su delicioso « Quijote », según se infiere de sus propias palabras, cuando dijo que su libro « había sido engendrado en la prisión ». La primera parte fué publicada en 1605, cuando contaba Cervantes 58 años de edad; la segunda no vió la luz pública hasta pocos meses antes de su muerte.

De lo expuesto se desprende que tal vez fuese una suerte que Cervantes siguiese siendo pobre; pues de haber sido rico, acaso no habría escrito su obra inmortal, y el mundo se hubiera visto privado de la exquisita delectación que su lectura le ha proporcionado por espacio de tres siglos. El nombre de Cervantes constituye una de las mayores glorias de España; el desdichado cautivo, con su corazón de oro y su florida imaginación, enriqueció con su libro no sólo a su patria, sino al mundo entero. A pesar de sus desventuras, Cervantes fué un héroe ignorado, un humorista genial, un filósofo, un amigo excelente y abnegado, de cuyo rostro no se alejó la sonrisa mientras alentó en él la vida. No hay quien no aprecie y admire el libro que legó a las generaciones futuras, y la imperecedera memoria de su autor es uno de los tesoros más preciados que posee la humildad.





ALGUNAS MÁXIMAS DE CERVANTES

« El principio de la salud está en conocer la enfermedad.

La libertad es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos.

La ingratitud es hija de la soberbia y uno de los mayores pecados que se sabe.

Siempre favorece el cielo los buenos deseos.

La diligencia es madre de la buena ventura.

El vestido descompuesto da indicios de ánimo desmazalado.

El vino demasiado ni guarda secreto ni cumple palabra.

La sangre se hereda, y la virtud se adquiere, y la virtud vale por sí sola lo que la sangre no vale.

El comenzar las cosas es tenerlas medio acabadas.

No pueden las tinieblas de la malicia ni de la ignorancia encubrir y obscurecer la luz del valor y de la virtud.

Las obras de caridad que se hacen tibia y flojamente, no tienen mérito ni valen nada.

Un buen corazón quebranta mala ventura.

Más vale el buen nombre que las muchas riquezas.

Enfrena la lengua; y considera y rumia las palabras antes que te salgan de la boca.

Tal se acuesta sano a la noche, que no se puede mover otro día.

Todos los vicios traen un no sé qué de deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias.

No todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo ».